

Colaboración

La mina de Almadén

Han confluído recientemente en mí dos circunstancias fundamentales para decidirme a escribir algo sobre las minas.

Una de ellas ha sido la lectura de "Azogados" libro que tuvo el gusto de regalarme su autor y amigo D. Casimiro Sánchez Calderón en el que relata acertadamente algo que él bien conoce sobre la mina de azogue de Almadén, una de las mayores del mundo de éste yacimiento de cinabrio del que se le extrae el único metal líquido, el mercurio, mina que estuvo activa hasta el año 2003.

Otro hecho fue, que hace meses fuimos en una excursión organizada por el Centro de Mayores a visitar dicha mina, Tuve la suerte de ser uno de los que fuimos a visitarla. Fue una acertada decisión por parte del Centro y mía pues son cosas dignas de ver y más estando relativamente cerca.

Llegaron simultáneamente a mí estos dos hechos y propiciaron que se viera cumplido el gran deseo que siempre tuve. Conocer el interior de una mina.

Aparte de las lecturas o imágenes que podemos ver en los libros, físicamente no conocía nada de las minas y menos en lo que respecta a su interior. No debía nadie perderse la experiencia de conocer lo que es una mina en las oscuras profundidades de ella, recorriendo galerías, pozos, jaulas, sistemas de trabajo y sobre todo meditar en su interior los sufrimientos de aquellos mineros que no tenían otra alternativa de subsistencia más que bajar diariamente a su interior, asumiendo todos los peligros y sus consecuencias como contraer la silicosis, por la inhalación de polvo, una explosión de grisú, o partirse la pierna un liso, pero...¡Bah! Eso eran accidentes laborales sin importancia.

Argamasilla ha sido siempre un pueblo vinculado a las minas de carbón de Puertollano por su proximidad, no en balde muchos mineros eran de aquí y allí que iban andando por la carretera hasta las diferentes minas. Asdrúbal, La Extranjera, San Esteban etc. Recuerdo que venían andando a altas horas de la noche con las alforjas al hombro y dos puntas de rollizo atados con un cordelillo, uno en una punta y otro en la otra colgando del hombro, descansando una punta en el pecho y otra en la espalda y la carbura pinchada por el gancho en una de ellas. Estas puntas de pino descortezado eran las sobras de los que utilizaban para entibar las galerías y muy prácticos para en la casa hacer con ellas astillas, utilísimas para encender las estufas.

Los días de cobranza que era uno a la semana era inevitable parar a celebrarlo en el ventorro que había en la carretera, junto al paso a nivel, celosamente guardado por la guardabarrera, la Sra Pura.

Cuando se paraba allí, era indefinida la estancia en dicho ventorro. Había mucha necesidad de refrescarse y el dinero estaba calentito en un sobre en el bolsillo de la pelliza y le tiraban un pellizco. Había que aprovechar, pues esperaba otra semana de abstinencia. Además, tal vez buscaran también olvidar sus penas con el falso consuelo del vino.

Así pasaron años y años hasta que por la década de los cuarenta surgió el celebre Meregildo en el paseo de Puertollano vendiendo bicicletas, pero aquello era un lujo no al alcance de cualquiera, pense-

mos que aquellas "Orbeas" de paseo eran los "Mercedes" de hoy.

Recuerdo que la primera bicicleta que se vendió a plazos a un minero de Argamasilla fue a un buen amigo de mi familia Alejandro Real, tío de Senén más conocido por "El Teque".

También quiero recordar que estos mineros, dentro de su ingrato y durísimo trabajo, tenían también algún mequino privilegio. Todos los trimestres le daban un vale que equivalía a 500 kilos de carbón de los llamados mixtos, carbón malo, de pocas calorías pero válido para las estufas, el carbón bueno llamado doble cribado, era como todo en la vida para los de arriba, para la aristocracia de la mina, los vigilantes, los administrativos y los ingenieros. A los que sacaban el carbón de las entrañas de la Tierra con el pico y el sudor de su frente y arriesgando su vida, los mixtos que la mitad eran piedras.

He dicho vigilantes y he dicho bien. Era una categoría fundamental en la mina, con ellos se

evitaba que el minero prolongara el tiempo de comerse la merienda, que no echara un cigarro más de la cuenta o se le ocurriera dar una cabezada. La empresa no podía permitir tales descuidos, había que trabajar, sacar muchas toneladas de carbón.

Otro de los privilegios que tenían. Era que en la posguerra, década de los cuarenta, época angustiosa de triste recuerdo, cuando tanta escasez de pan había, a ellos les daban un cartón con cupones que les daba derecho a un chusco de pan por día, para cada minero en la panadería de Ciudad, y uno más pequeño llamado mingo que parecía de juguete con una rajita en el centro para cada uno de la familia. Por ello, por mucha escasez de pan que hubiera, ellos tenían asegurado su minguito, ¡Ah...! Se me olvidaba, también tenían derecho al economato minero donde encontraban alguna ventaja en la compra.

II

Pero siempre me pasa igual, me enfrasco en escribir lo que tengo en la mente, soltándolo como un lastre y consumo con rapidez el papel olvidándome de lo que más interés tenía de decir. En este caso se trata de comentar algo de lo que someramente aprendí, sobre la mina de Almadén.

La excursión a la que he hecho mención resultó bonita, pero más que nada interesante, sobre todo para los que desconocemos la mina y sus entresijos en el interior de ella.

Hay veces que la imaginación se queda corta ante la realidad que se presenta ante tu vista atónita. En verdad que fue amable el guía que nos acompañó, sin regatear explicaciones, a las que yo presta-

ba suma atención, ni tampoco miraba el tiempo dedicado a ellas.

La mina de Almadén es la más profunda de España alcanzando los 900 metros de profundidad, en su interior se entrelazan múltiples galerías sinuosas sin orden geométrico. También era la más rica del mundo de este mineral, teniendo filones de cinabrio que contienen hasta el 7,20% de mercurio.

La visita se realiza en la primera planta bajando, pero es más que suficiente para darte cuenta de todo lo que encierra de índole material y de índole moral, ambas cosas dignas de meditar. Como digo está surcada de galerías entibadas oscuras y estrechas encontrándose un dédalo de bifurcaciones y pozos a diferente nivel, y ahí empieza tu mente a cavilar calculando mentalmente la heroicidad de aquellos mineros que además de su duro trabajo, para arrancar la dura roca de cinabrio, arriesgaban su vida y comprometían seriamente su salud.



Como prueba de ello baste decir que solo en el siglo XIX causó 7748 bajas y 558 fallecidos, pero eso no importaba, si un minero enfermaba de hidrargirismo lo reemplazaban por otro rápido, la producción no podía parar y de manera incesante

llegaban grupos y grupos a reemplazar a los enfermos, la abundancia de brazos era grande y la necesidad mucha.

Debemos saber que el hidrargirismo es una enfermedad profesional y frecuente garantizada en los mineros de Almadén por la inhalación de polvo de sílice y que una vez contraída no tiene cura posible, sólo el enfermo puede encontrar mejoría, oxigenando sus pulmones en un ambiente puro, que es lo que han hecho siempre los mineros de Almadén.

Recuerdo que el guía nos hablaba de diferentes épocas, pues la vida de la mina data desde la época de los romanos hasta el 2003 que terminó su actividad y hubo una que resulta escalofriante el escucharla. Decía esto:

La cárcel está relativamente cerca de la mina y allí llevaban los presos a través de un túnel a trabajar. Como es lógico en la mina había diferentes trabajos, ninguno bonito ni entretenido, pero de diferente dureza y en función de ellos los dirigentes de la mina dosificaban el alimento en función del desgaste de energías, cuanto más desgaste de energías, más calorías en el alimento.

En las diferentes etapas de la visita se ven innumerables cosas que te llaman la atención, muchas, todas dignas de meditar. Pero lo que más me impactó y jamás olvidaré fue el famoso malacate, máximo exponente de la tecnología antigua, es algo

impresionante, máxime teniendo en cuenta que se hizo hace siglos. Está en una enorme bóveda escavada en la roca de cinabrio. No debo explicar lo que es un malacate porque ustedes lo saben como yo. Es un artilugio antiquísimo semejante a una noria que dando vueltas multiplica la velocidad y la fuerza en una gran rueda de madera arriba que lleva adosada una gran sogas con la que bajaban o subían los materiales por un pozo vertical.

Este malacate a diferencia de las norias que las movía un burro uncido a un varal, aquí llevaba en cruz cuatro varales movidos por hombres traídos de la cárcel y estos son los que derrochaban más energías en su trabajo y a estos es a los que había que darles mejor alimento en calorías. ¿Han comprendido bien porqué la diferencia en alimentarlos mejor? ¡No eran tontos verdad! Entre estos mineros no creo que hubiera muchos obesos, ni que ninguno cantara como Antonio Molina "Yo soy minero"

Lo principal era sacar mucha producción de mercurio, cuanto más mejor, llevarse los dineros de Almadén y allí quedaban las piedras vacías y los mineros con sus secuelas y su enfermedad laboral e irreversible de hidrargirismo. ¡¡Que mundo, Dios mío, sin alma y sin piedad!!

Ante tales injusticias sociales que dejan en evidencia la conciencia humana no se me ocurre otra expresión mejor dicha que decir... ¡¡Pobrecitos!!

Me gustaría decir muchas más cosas de la mina de Almadén que quedaron gravadas en mí como un estigma moral, pero lamentablemente no hay más papel y tengo que terminar diciendo así:

Almadén, pueblo castellano y minero, desde el día que te visité por primera vez te tengo respeto, cariño y admiración, y no por tu singular joya arquitectónica, única en el mundo, tu hexagonal plaza de toros, ni tampoco por tu situación geográfica enclavada en el verde valle de Alcudia, sino por el hecho de haber tenido en tu seno una mina rica y famosa que te hizo y serás por los siglos inmortal.

Te prometo que si Dios me conserva la salud, aunque sea tiempo breve, he de volver otra vez a visitarte, a reencontrarme de nuevo contigo solo por visitar de nuevo tu mina, convertida en interesante museo, como cuando uno se reencontra con un amigo y estrecha su mano, y en esa nueva visita mi imaginación no se centrará como la primera vez, en contemplar y admirar tus estrechas y oscuras galerías, ni tus pozos, ni en admirar tu impresionante malacate, si no en recordar con sublime admiración aquellos sacrificados mineros que dejaron en ella su vida por arrancar de las entrañas de la tierra la preciada roca, de donde se extrae un mineral, líquido y pesado llamado mercurio, y no para conseguir con el, el bienestar, la riqueza y el progreso de un pueblo o de una comarca, si no para engrosar los beneficios del siempre poderoso capital.

Termino, viendo como tú, gran pueblo minero, te aferras con ilusión a renunciar a lo que fuiste y siembras de flores un camino de esperanza, por donde sin duda vendrán nuevos tiempos, encargados de hacer resurgir el desarrollo que tuviste, y la historia de tu glorioso pasado.

Luis Molina